

Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo 21 de noviembre, 2021

Cristo Rey

La selección del Libro de Daniel para la Primera Lectura de hoy forma parte de un intento de tejer una visión del éxito final de los judíos perseguidos. Exactamente qué tenía el autor en mente cuando se refiere a “uno semejante a un Hijo de hombre” es muy disputado por los eruditos de hoy. El hecho es que, simplemente, no sabemos si el autor quiso decir a alguien en particular o si se trata de una imagen colectiva, figurativa del triunfo de Israel. Lo que sí sabemos es que la primera comunidad cristiana se apoderó de este pasaje y lo reconoció como una profecía mesiánica, un anuncio de la victoria final de Jesús como el Cristo de Dios. El contraste que hace el leccionario de este texto con la narrativa del Evangelio de hoy de Jesús ante Pilato es un maravilloso ejemplo de cómo la liturgia da a ciertos pasajes nuevas “capas” de significado mediante la inserción en un contexto particular.

La celebración de Cristo Rey nos permite escuchar estos pasajes con una nueva profundidad de significado a la luz de nuestra comprensión contemporánea de cómo, en Jesús y su Resurrección y Ascensión, hemos visto el cumplimiento de la visión de Daniel de la liberación final. La admisión velada de Jesús ante Pilato que, efectivamente, él tenía un reino pero “no aquí” toma un nuevo significado con la visión cósmica de Daniel sirviendo de fondo, que nos permite vislumbrar al “Anciano” en su trono celestial.

—Copyright © J. S. Paluch Co.

Vida de Mayordomía

En este último domingo del tiempo ordinario del año litúrgico celebramos la Fiesta de Cristo Rey. Esta fiesta fue instituida por el Papa Pío XI en 1925, en un momento en que el mundo experimentaba un aumento del secularismo, el materialismo y el individualismo, y una creciente negación de la existencia y la autoridad de Cristo.

La esperanza era que el establecimiento de esta fiesta lograría tres objetivos: que las naciones vean que la Iglesia tiene el derecho a la libertad, que los líderes y las naciones verán que deben respetar a Cristo, el Rey de reyes, y que los fieles serían fortalecidos y animados por el recordatorio de que Cristo debe reinar en nuestros corazones, mentes, voluntades y cuerpos.

Esta fiesta es más necesaria que nunca para todas

las personas y especialmente para nosotros, como corresponsables cristianos. Nos recuerda tres verdades vitales. Primero, incluso cuando parece que el mundo se está saliendo de control, no debemos temer porque tenemos un Rey de reyes que está muy a cargo y que es amoroso, misericordioso y justo. En segundo lugar, si Cristo es el rey de todos, también es mi rey personalmente. No soy el “señor” de mi tiempo, talentos y tesoros. Él es. Soy un sirviente del Rey y un administrador de sus dones para mí. En tercer lugar, como discípulo suyo, estoy llamado a imitar a mi Rey. La realeza de Cristo se caracteriza por el servicio humilde, por despojarse de sí mismo para el bien de los demás. Las Escrituras nos dicen que se fue haciendo el bien y dice de sí mismo: “No vine para que me sirvan, sino para server.” ¿Cómo puedo vivir de otra manera que no sea como un humilde servidor como mi Rey?

—Catholic Stewardship Consultants; Stewardship Bulletin Reflections

Fiesta de la Fe: La Misa no Termina

El sacerdote nos saluda una vez más, como nos saludó al principio. Nos da la bendición y luego, el sacerdote o diácono despide a la asamblea con una encomienda muy propia, ir en paz. La Misa no se da por concluida, como quien rompe lo sagrado y lo separa de lo no-sagrado. Es un envío pleno que hace el ministro ordenado para que vayamos al mundo, a nuestra vida diaria a ser el pan que hemos partido y compartido; a ser el vino alegre que lleva a la vida a los ambientes más distantes que, a veces, son los nuestros.

La asamblea ha de ir animada por la Palabra de Dios que se le ha proclamado a ser la palabra viva de Dios en medio del pueblo mismo. Vamos fortalecidos por la comunidad eclesial con la que nos hemos hecho uno en comunión y con quienes hemos compartido de un mismo pan; vamos a ser comunidad en nuestros barrios y lugares de trabajo, a compartir nuestro pan con quien tiene hambre y a vivir la comunión aún por encima de nuestra diversidad de pensamiento. Somos enviados a transformar el mundo, a “cristificarlo,” a hacer que sea como Cristo, a quien hemos recibido en la comunión. —Miguel Arias, Copyright © J. S. Paluch Co.

Tradiciones de Nuestra Fe

En 1917 México recibió una nueva Constitución en la cual se estableció una política de intolerancia religiosa, especialmente en contra de la Iglesia Católica Romana. Con el pasar de los años las normas anticlericales fueron puestas en vigor hasta el punto que algunos mexicanos piadosos y cristianos decidieron defender su religión.

En marzo de 1925 estos mexicanos católicos fundaron la Liga Nacional para la Defensa de la Libertad Religiosa, en el mismo mes en que el papa Pío XI

